

cia y el filósofo podría interpretarse también como un personalísimo manual de filosofía. En este sentido es de agradecer la perfecta claridad con la que el autor se expresa en las páginas iniciales subrayando las paradojas morales y epistemológicas que genera la experiencia de la vida en el mundo contemporáneo y el modo en que esa perplejidad es deudora de algunos implícitos acuñados en la modernidad. Al servicio de su diagnóstico y su eventual resolución se consagran los siete capítulos que componen este libro y a lo largo del cual se rastrean algunos tópicos irrenunciables de nuestra tradición filosófica. Al mismo tiempo Úbeda es también capaz de destacar con oportuna intención otros problemas señeros que, sin embargo, no siempre han resultado enteramente visibles para los historiadores del pensamiento. En este sentido resulta especialmente destacable el capítulo dedicado a la fenomenología, una sección del libro en la que Úbeda demuestra una gran sensibilidad a la hora de comunicar los presupuestos fundacionales del proyecto husserliano y sus ulteriores derivas en el pensamiento de Martin Heidegger. Así, la infancia opera en este libro como un original y evocador pretexto desde el que se traen a la luz viejos problemas aún irresueltos y de los que, parece inevitable, debemos todavía hacernos *cargo*.

Entre las muchas virtudes de este libro cabría destacar, por encima de todas, una valentía que trasciende con mucho la aventura del título y que tiene lugar en el último capítulo de este texto. *La infancia y el filósofo* es un texto profundamente filosófico en la medida en que aspira a defender y defiende una verdad comunicable. Este momento tético (y cuyo contenido preferimos reservar a cada lector) demuestra la sinceridad del autor y de su decir filosófico. Habrá quien se encuentre seducido por el personalísimo estilo de Úbeda y quien se rinda, movido tal vez por esta seducción, a las conclusiones finales. Habrá, sin embargo, quien disienta profundamente tanto del diagnóstico como de la terapia sugerida en este texto pero acaso este disenso sea todavía una prueba más de que éste es un texto profundamente filosófico. Lo es por cuanto dice y lo es por cuanto arriesga. Más allá de este momento propositivo, como antes seña-

lamos, *La infancia y el filósofo* es un libro que presenta cualidades no siempre habituales en filosofía tales como la originalidad del pensar, la claridad en la exposición y la belleza en el decir. No es poco, desde luego, y acaso por ello se haga evidente la sensibilidad marcadamente platónica del autor en la medida en que este libro es también, y quién sabe si sobre todo, un lugar en el que se reúnen numerosos discursos bellos. Recordemos, a tal efecto, que para un griego —o para alguien que aspire a pensar desde Grecia— *lo bello y lo noble* dicen de una y la misma manera.—DIEGO S. GARROCHO SALCEDO.

GARCÍA-BARÓ, MIGUEL, *Elementos de antropología filosófica* (Red Utopía A.C., jitanjáfora Morelia Editorial, México, 2012). 228 pp.

El libro comienza con una primera frase desconcertante y pesimista: «la filosofía desaparece» (p. 7), sin embargo no consiste en un diagnóstico paralizante. Más bien, se detecta al principio la enfermedad para aplicar, sucesivamente, el remedio adecuado. Así, el resto del libro —de la primera a la última página— es un canto de amor a la sabiduría, a lo que de profundo hay en el ser humano y en el mundo en el que habita. A modo de cuadros, esbozos y trazos discontinuos, García-Baró perfila un impresionante mural a partir de las vivencias, experiencias y acontecimientos que se producen en la esfera íntima y social del hombre. Buen conocedor de la filosofía contemporánea de inspiración fenomenológica (Husserl) en lengua francesa (Lévinas, Henry), junto con la tradición griega clásica (Sócrates, Platón, Aristóteles), el pensamiento judío (Rozenzweig) y el de pensadores existencialistas como Kierkegaard o Heidegger, el autor consigue, desde tan diversos lugares, elaborar una síntesis acerca de lo humano y su relación con los otros y con el Otro.

No es, por tanto, un tratado sistemático ni un manual de antropología (no se busque por tanto un compendio de todas las esferas de lo humano). Más bien, al hilo de experiencias y acontecimientos humanos, antes que dejarlos esfumarse del mismo modo que se han dado, García-Baró ha querido inmortalizarlos o, al menos, ponerlos bajo la mira-

da e inteligencia del lector, para que los observe de manera pausada y reflexiva, y sea capaz de admirar lo que de maravilloso hay en ellos. Por lo tanto, aunque realista y no pocas veces irónico, es un libro lleno de esperanza porque se fija en lo que de eterno (sin dualismos ni jansenismos) hay en el ser humano: amor, religión, diálogo, etc.

La prosa es espléndida, digna, por tanto, de un lector de Unamuno y Ortega. No decae en ningún momento y es esto, entre otras cosas, lo que confiere al libro un halo de haber sido escrito, aunque suene pedante, bajo cierto excitante o tonificante. Uno sale renovado de la lectura, como después de un refresco frío en una tarde calurosa de verano. A esto hay que unir la profundidad de muchas de las tesis, ya sea como exégesis o como idea original, baste el siguiente ejemplo acerca de la idea de Bien en Platón: «la *archè anhypóthetos* no se parece tanto a la investigación que un moderno llamaría metafísica cuanto a la experiencia espiritual, a la religión en sentido eminente» (p. 79). Frente a ellas —interpretaciones o ideas— uno puede estar o no de acuerdo, pero no puede evitar que se desarrollen en él las ganas de pensarlas.

Destacaría por último tres temas: 1) la infancia; 2) la escuela o colegio, y 3) la sexualidad. García-Baró los afronta con frescura y un pensar vivo, para nada esclerotizado o acartonado. El primer punto es una constante del libro, dice que la filosofía no se ha ocupado suficiente de la infancia, en la cual piensa que se da la *primera experiencia de la propia existencia*. Por otro lado, el segundo, del que se ocupa en el capítulo XII del libro, a primera vista choca, porque no se acostumbra a hablar sobre el colegio en los manuales de antropología. En este capítulo Baró desglosa de manera magistral la manera adecuada de entender la relación escuela-padres para acertar con la educación del hijo. Por último, señalaría su análisis, tremendamente instructivo, de la relación entre sexualidad, deseo y amor. Sin superficialidades o moralina se hace presente al lector un orden intrínseco con el que descubrir en esa relación tripartita la belleza que posee todo lo creado.

Si hubiese que reprochar algo sería lo difícil que es encontrar el libro en nuestro país.—
MIGUEL MARTÍ SÁNCHEZ.

GAMBRA, JOSÉ MIGUEL - ORIOL, MANUEL, *Lógica aristotélica* (Dykinson, Madrid, 2008). 329 pp.; GAMBRA, JOSÉ MIGUEL - ORIOL, MANUEL, *Ejercicios de lógica aristotélica* (Dykinson, Madrid, 2008). 130 pp.

Es para felicitarse el que haya sido editado un libro como éste. Por fin hay disponible en español un tratado de lógica tradicional que expone por extenso y con claridad los ejes de sus contenidos, sin reducirse a los de la moderna lógica matemática.

En este libro hay pensamiento, y es lo primero que merece ser subrayado. Entre los aristotélicos es fácil encontrar exposiciones de las disciplinas filosóficas hechas de modo que se transmiten los tópicos correspondientes, pero en los que el autor queda al margen, como descomprometido con lo que presenta. Ha sido una queja habitual ante las «escolásticas» (aunque a veces desmesurada) la de que sus exposiciones son periféricas, frías, inerciales y serviles. En el libro al que ahora me refiero eso no sucede, en particular porque los autores sin duda eran conscientes de que, o la lógica aristotélica se presenta como una forma de vida filosófica, o es tan sólo una venerable, pero muerta, pieza de museo. Este no es un libro arqueológico. Es un libro de lógica filosófica viva.

En segundo lugar hay que dejar dicho que los autores de ninguna manera son eclécticos y conformistas. No podía ser, si lo anterior es verdadero. Por el contrario, hay en estas páginas por todas partes tomas de postura, tomadas con las correspondientes argumentaciones y tras el conveniente examen de las posiciones relevantes. Esto también resulta reconfortante, en especial cuando se pretende que la lógica sea «neutral» en terrenos no lógicos y, concretamente, en materias ontológicas. Este libro contiene una lógica «ontológica», lo cual implica que es una lógica consecutaria de toda la filosofía. Los autores entienden que la lógica no está situada en un cosmos extrafilosófico, como si el instrumento del pensar nada tuviera que ver con aquello para lo que es instrumento, esto es, con lo pensado.

En tal sentido, la lógica «aristotélica» de este libro es cualquier cosa menos una lógica «formal». No es una lógica que entienda el pensar como una «forma» o cáscara, un